

*Moriz Scheyer*

## **Un superviviente**

Traducción del alemán de  
Begoña Llovet

 Siruela

El Ojo del Tiempo

# Índice

<b>Introducción</b> de P. N. Singer	9
-------------------------------------	---

## *Un superviviente*

<b>Prefacio</b>	17
-----------------	----

El <i>Anschluss</i>	21
---------------------	----

Un respiro en Suiza	31
---------------------	----

Francia, mi querida Francia	34
-----------------------------	----

Los cien primeros francos que gané	39
------------------------------------	----

Los hombres de boina vasca	44
----------------------------	----

La <i>drôle de guerre</i>	48
---------------------------	----

París: el espectro de una ciudad encantada	54
--------------------------------------------	----

Las calles del éxodo	56
----------------------	----

<i>Armistice</i>	62
------------------	----

París bajo las botas alemanas	67
-------------------------------	----

Franceses y franceses	71
-----------------------	----

De «los israelitas» a «el judío»	79
----------------------------------	----

Un último respiro	84
-------------------	----

«Para examinar su situación»	86
------------------------------	----

El barracón 8	92
---------------	----

Otro respiro	106
--------------	-----

La <i>zone libre</i>	108
----------------------	-----

Belvès	111
Voiron	117
Nueve gendarmes contra cinco judíos	121
La Caserne Bizanet de Grenoble	126
Beber una copita	134
La huida a Suiza	138
Un telegrama	146
Labarde	150
Bienaventurados los pobres de espíritu	154
Monjas	160
A través de la mirilla	165
Música	173
Eugène Le Roy	176
Los denunciantes	179
En lugar de un capítulo sobre la Resistencia	182
Vienen, no vienen... ¡vienen!	187
La mañana del 6 de junio de 1944	194
El verano	197
Primer paso en libertad	202
Carlos	213
<i>In memoriam</i> de mis camaradas del campo de concentración de Beaune-la-Rolande	218
Los que sobrevivieron injustamente	223
Aún en Labarde, pero libres	230
<b>Epílogo</b>	237

## Introducción

*Un superviviente* es un relato extraordinariamente intenso, doloroso, dramático —y en algunos momentos casi milagroso— sobre la persecución, huida y salvación de un escritor judío austriaco, primero en Viena y después en Francia, durante la guerra. Fue escrito de forma paralela al transcurso de los acontecimientos: el autor comenzó la redacción mientras se hallaba oculto en un convento de la Dordoña entre 1943 y 1944, y finalmente la concluyó en 1945, al terminar la Segunda Guerra Mundial.

El relato lo constituyen las memorias de Moriz Scheyer, que antes de verse obligado a abandonar Viena en 1938 era el editor de arte de uno de los principales periódicos de la ciudad, el *Neues Wiener Tagblatt*. Como tal, era amigo personal de Stefan Zweig, conocido de Arthur Schnitzler, Gustav Mahler y Bruno Walter y también autor de diversos volúmenes de ensayos y libros de viaje. Por lo tanto, y pese a que el propio autor sostiene al principio que no se trata de una obra literaria, el relato constituye sin duda una valiosa remembranza del Holocausto escrita por un autor prominente y con numerosas publicaciones.

Mi hermano y yo descubrimos el manuscrito de manera fortuita en la buhardilla de mi padre, Konrad Singer, el hijastro de Scheyer, durante la mudanza que emprendió a la edad de ochenta y siete años. Parece ser que Scheyer hizo alguna tentativa de publicarlo: lo que encontramos fue un texto mecanografiado dentro de un sobre con la dirección de la primera esposa de Stefan Zweig, residente en América. En cualquier caso, Scheyer murió en 1949 y mi padre, que había heredado el manuscrito original, no intentó nunca publicarlo; de hecho le disgustaban profundamente el libro y sus intensos sentimientos «antigermanos», y pensaba que lo había destruido. El escrito mecanografía-

do que yo encontré parece ser una copia de carbón hecha por mi abuela, la esposa de Scheyer, Margarethe (Grete), que había ido a parar fortuitamente a la buhardilla entre muchas otras de sus posesiones.

Las memorias de Scheyer presentan una serie de características que las hacen únicas incluso entre los relatos de los supervivientes del Holocausto. En primer lugar, como ya hemos mencionado anteriormente, fueron escritas con los acontecimientos todavía recientes y en toda su crudeza; es casi un diario que atrapa al lector con la perspectiva y los detalles al minuto de aquellos tiempos. En segundo lugar, justamente debido a las numerosas vicisitudes por las que pasó el protagonista, cubre una paleta inusualmente amplia de experiencias: el *Anschluss* de Austria, el París de la «guerra de broma» y de la ocupación alemana; el éxodo de París, la vida en dos campos de concentración franceses, un intento de huida a Suiza, el contacto con la Resistencia en la zona no ocupada y finalmente un rescate dramático y una vida clandestina en un convento de la Dordoña. En tercer lugar, escuchamos una voz peculiar y única: Scheyer, que había sido un destacado periodista literario vienés, disecciona lo que le está sucediendo con una crítica implacablemente acerba.

El texto que sigue es una traducción fiel e íntegra del texto mecanografiado de Moriz Scheyer que estaba escrito en alemán y se titulaba simplemente *Ein Überlebender* (Un superviviente).

P. N. SINGER, Londres, 2016

S T A A T S O P E R



Ohne Stempel der Staatsoperndirektion ist  
die Karte ungültig.

Moriz Scheyer en 1937.

Esta es la única imagen que se ha conservado de Scheyer de los años treinta y la reproducción se ha hecho a partir de su pase de prensa para la Ópera de Viena.

## *Un superviviente*

*Escrito en el convento de Labarde,  
en la Dordoña, entre 1943 y 1944  
y revisado en Labarde en 1945.*

## Prefacio

A causa de las circunstancias bajo las que vio la luz, este libro no guarda ninguna relación con lo que se suele entender por «literatura».

En un primer momento no era más que el relato de todo lo que me había sucedido antes de refugiarme en el convento de las franciscanas de Labarde en noviembre de 1942. Más tarde, dos amigos me visitaron en mi escondrijo y me animaron a continuar trabajando. Se trataba de Pierre Vorms y del gran poeta Jean Cassou, este último recién salido de la prisión. En aquel momento todavía faltaba mucho para que nos liberasen de los alemanes. Los cazadores de cabezas de la Gestapo celebraban sus batidas con renovado afán. Y el destino de los judíos a los que perseguían era más terrible que nunca.

Muchas veces, mientras me las arreglaba para seguir escribiendo este libro, no sabía si al día siguiente caería en las garras de los alemanes; muchas veces tenía que interrumpir el trabajo de repente por tiempo indefinido y esconder las hojas a toda prisa para no poner en peligro a las buenas monjas en caso de que hubiera un registro domiciliario. En pocas palabras: veía ante mí tan a menudo el final que no se me pasaba por la cabeza ponerme a hacer literatura o a crear un «material» efectista. Si lo hubiera hecho, no merecería haber sobrevivido a este revés de la fortuna.

Puede que las palabras, frases y páginas de este libro hayan adquirido forma gracias al trabajo intelectual; pero su contenido, su sustancia, proviene de otro lugar bien diferente... Proviene de la angustia emocional en la que la criatura doliente no puede parar de balbucear una y otra vez la misma pregunta, esta pregunta: ¿cómo pudo suceder todo aquello?



La contestación a esta pregunta debería venir de los culpables, de todos los culpables, y requeriría la correspondiente expiación. Pero parece que nunca se llegará al gran ajuste de cuentas. Porque según vaya pasando el tiempo, el mundo le concederá cada vez menos valor a este asunto. Estará ocupado en cosas más importantes que la reparación por los crímenes de guerra en general y el martirio de los judíos en particular.

Pero no por ello es menos necesario plantearse una y otra vez esa pregunta: ¿cómo pudo suceder todo aquello? Aunque solo sea con la esperanza de zarandear tal vez la memoria, la conciencia, la rabia de algunos individuos. Y para lograrlo es imprescindible rendir testimonio, aportar la propia experiencia, por muy modesta que sea.

Este libro no pretende ser más que un testimonio, el testimonio de un emigrante judío. No albergo en modo alguno la pretensión de escribir Historia. Cuando hago referencia a los acontecimientos en general, lo hago solo en la medida en que yo los he vivido. ¿Estamos entonces ante unas memorias? Tampoco. Porque por otra parte solo se habla de mi vida en la medida en que los acontecimientos la afectaban.

Las memorias siempre pretenden ser lo más interesantes posible. Pero yo no pretendía ser interesante, sino únicamente fiel a la verdad. Fundamentalmente no me guiaba el afán de narrar acontecimientos externos o describir atrocidades, sino de expresar lo que bullía en mi interior, mi estado de ánimo. Lo que perseguía afanosamente era poner de relieve el terror psicológico que nos infligió el espíritu torturador de los alemanes. También entre los supervivientes se encuentran muchos, demasiados, que se quedaron a mitad de camino con el alma en pedazos. Lisiados de por vida.

Algunos me reprocharán que hable demasiado de los emigrantes judíos. Como si no hubiera otra cosa en el mundo, como si no hubiera también otros seres humanos que sufrieron.

Es cierto que hay otros que también sufrieron, innumerables de ellos no menos que nosotros, y no he dejado de mencionarlos de forma explícita. Pero, prescindiendo del hecho de que yo mismo soy emigrante y judío y de que cualquier testimonio, por naturaleza, presupone algo muy personal, debo decir que lo que esos otros sufrieron estaba relacionado al menos de forma directa o indirecta con la guerra. El modo en que Alemania procedió

con ellos no tenía precedentes y no se puede justificar de manera alguna. Pero con todo y con eso, su libertad, su existencia y su vida no estaban amenazadas *a priori* simplemente por el hecho de haber nacido. Y ni siquiera el propio Hitler se atrevió nunca a negarles su condición de seres humanos.

Por el contrario, Goebbels, el representante cultural de Hitler, declaró cínicamente en un discurso pronunciado en el «despuntar» del Tercer Reich: «Si alguien me pregunta si acaso los judíos no son también seres humanos, tan solo puedo responder: ¿acaso las chinches no son también animales?».

Pero lo que se perpetró contra los judíos no tiene nada que ver con la guerra. Comenzó mucho antes de la guerra y habría seguido llevándose a cabo punto por punto según un programa de exterminio perfectamente diseñado aunque no hubiera estallado la guerra. Un programa perpetrado contra seres humanos indefensos y desamparados que no podían moverse ni decir una palabra. Perpetrado contra víctimas impotentes a las que antes se había despojado de sus derechos, se había proscrito, escupido, escarnecido en cuerpo y alma. Perpetrado por el capricho tan demente como cobarde de un energúmeno y la complaciente y alegre connivencia de sus *Volksgenossen*<sup>1</sup>.

Perpetrado también sin que el mundo civilizado más cercano se atreviese a poner freno a los acontecimientos o al menos a declarar abiertamente su repugnancia por lo que estaba sucediendo. Solo más tarde, mucho más tarde, cuando ya era demasiado tarde, llegaron las bonitas palabras del desarme en el marco de la propaganda bélica general. Perpetrado mientras muchos Estados que tenían todas las posibilidades de ayudar sin que les supusiera coste alguno se negaban a cumplir con su deber de abrir las puertas a los perseguidos. Concedían el visado al molesto solicitante de mala gana, por el resquicio de la puerta, como si fuera una limosna y solo tras innumerables obstrucciones y limitaciones, tras exigir fianzas y cautelas. O lo denegaban,

<sup>1</sup> El término *Volksgenosse* (camarada del pueblo) fue acuñado por Adolf Hitler en 1924 en *Mein Kampf* en contraposición al término *Genosse* (camarada), que utilizaban los socialistas y los comunistas. Con esa palabra se refería exclusivamente a aquellos que eran de pura sangre alemana. Después de 1933 se convirtió en una palabra habitual en el Tercer Reich que se utilizaba para dirigirse a todos aquellos ciudadanos que pertenecían a la *Volksgemeinschaft* (comunidad popular) por la pureza de su sangre. (*Todas las notas son de la traductora*).

dependiendo del caso. El más modesto funcionario consular se creía un Dios omnipotente.

No. Por muy terribles que fueran las pruebas a las que tuvieron que enfrentarse otras personas, nuestro calvario espiritual no se puede comparar con nada. Uno tiene que haber sido emigrante, tiene que haber vivido siendo judío bajo el imperio de la cruz gamada para saber lo que eso significaba. Y, por mucho que se hable de todo ello, siempre será demasiado poco.

¿Cómo fue posible todo aquello? Nosotros, los supervivientes, tenemos ciertamente el derecho de formular una y otra vez esa misma pregunta, porque lo sufrimos. Y debemos dar testimonio. En nuestro nombre y en el nombre de los seis millones de mártires, hombres, mujeres y niños silenciados que el Führer, el cabecilla de los verdugos de Alemania, torturó hasta la muerte.

Si este libro consigue que algunos de los que se libraron de ser emigrantes y judíos en la era de Hitler se hagan esa pregunta, ¿cómo pudo suceder todo aquello?, significará para mí la mayor reparación, el más bello éxito de mi vida.